

Clotilde hasta nuestros días, la fe y la piedad católica han tenido siempre sus modelos en las princesas de las casas reinantes de Francia.

§ LXVIII. — Una excursion á Alemania. — Cobardía de todos los soberanos de Europa conspirando contra una mujer, María Teresa de Austria. — Grandeza de alma de esta reina, triunfando sola de todos sus enemigos. — María Teresa, el único gran soberano cristiano de su siglo. — Su anhelo por hacer la felicidad de sus pueblos. — Su caridad. — Su política. — Su retrato comparado con el de Catalina II de Rusia. — Ella fué inocente del repartimiento de la Polonia. — Ella fué la única que vió en aquel repartimiento el mayor crimen y la mayor calamidad para Europa. — Cuánto importa á la Europa entera, y á la Francia en particular, el restablecimiento de esta gran nacionalidad católica.

Salgamos de Francia, con intencion de volver á ella muy pronto, para ir á admirar en Alemania otra sublime mujer católica, María Teresa Habsbourg, que admiró al mundo con su sabiduría y con su valor, al mismo tiempo que la santa reina Leczinska lo admiraba con su piedad.

Hija y heredera única de Carlos VI, emperador de Alemania, y esposa de Francisco de Lorena, á la muerte de su padre, ocurrida en 1740, se encontró María Teresa hecha el blanco de la perfidia de todos los soberanos de Europa, que se habian coligado y habian tomado las armas para despojarla de todos sus estados y sepultarla bajo las ruinas de la Monarquía austriaca. Desgraciadamente, á la

testante de Wurtemberg. (Tomo xxviii, pág. 489.) Ved aquí el hecho á que se refiere el ilustre historiador. El Duque de Wurtemberg, esposo de la princesa María de Orleans, era protestante. La Santa Sede habia concedido la dispensa para este matrimonio mixto con la condicion, que pone siempre, de que los hijos que tuviesen fuesen educados en la religion católica. El Duque habia aceptado esta condicion; mas habiendo su esposa dado á luz un hijo, olvidó el Duque su promesa é hizo bautizar al niño por un ministro protestante. La Princesa se afligió mucho de ello, y esta circunstancia agravó su enfermedad y aceleró la catástrofe de su muerte. Nosotros dejamos al lector que califique este acto de lealtad y de tolerancia protestante, y no harémos más que una observacion. Uno de los más grandes pecados de Luis Felipe fué el de haber casado á sus tres primeros hijos con protestantes y haber querido introducir de este modo el protestantismo en el santuario de la Monarquía católica, en las Tullerías, donde este culto no habia entrado jamas. La Providencia se manifestó en este particular de una manera que puede servir de leccion. To-

cabeza de esta cobarde conspiracion de tantos hombres poderosos contra una jóven, estaba Luis XV. ¡Pero era muy natural que el príncipe protector de los filósofos impíos de su siglo se hiciese el perseguidor de una princesa católica! El ambicioso Elector de Baviera, sostenido por un ejército frances y bajo el título de lugarteniente general del Rey de Francia, se habia hecho coronar Rey de Bohemia en Praga, Archiduque de Austria en Lintz y Emperador de Alemania en Frankfort, con el nombre de Carlos VII; y caminando de victoria en victoria, se hallaba ya á las puertas de Viena para sitiirla. María Teresa se vió, por consiguiente, obligada á abandonar esta ciudad y á buscar un refugio, que en ninguna parte encontraba. Ella estaba encinta, y sabiendo los progresos, siempre crecientes, de sus enemigos, escribió á la Duquesa de Lorena, su suegra, diciéndole: «No sé si me quedará una ciudad donde dar á luz el fruto de mis entrañas.» El Duque, su esposo, era un hombre muy honrado, y tal vez el único hombre honrado entre los príncipes de la época; pero no poseia las grandes cualidades de un soberano, así como tenia los derechos de tal. Él no era más que el esposo de la reina; María Teresa era el soberano. Por consiguiente, se habia resignado ya á la suerte que los enemigos de la casa de Habsbourg reservaban á María Teresa, su esposa, de dejarla reinar sobre algunos restos de la baja Austria. Pero esta mujer, á pesar de lo sencilla y piadosa que era, poseia, con los derechos al trono, la elevacion de espíritu y la grandeza de alma de un gran príncipe. Por consiguiente, pensó de distinto modo que su débil esposo. Sola,

dos esos tres hijos católicos, casados con protestantes, han muerto ya, y el primero de ellos de una manera misteriosa y trágica en el momento en que se disponia para ir á Strasburgo con su esposa para presidir á la instalacion de las *diacónisas protestantes*. Los luteranos de esta ciudad estaban llenos de gozo, y aun corrian voces de que se iba á quitar la catedral á los católicos para entregarla á los luteranos. Pero un católico del pueblo les dijo: «No estéis tan confiados; tarde ó temprano veréis que Dios es católico.» Todos saben lo demas.... Si la que en Febrero de 1848 se presentó á la Asamblea con su hijo de la mano hubiese sido una princesa católica, conocida del pueblo por su piedad, por sus limosnas y por su amor al país, tal vez las cosas hubieran sucedido de otra manera. Mas una princesa protestante jamas será simpática, jamas será francesa en Francia, jamas será mirada con buenos ojos en el trono de San Luis, y todos los esfuerzos de la poesía y de la política revolucionaria no conseguirán jamas que el pueblo frances sea indiferente á la religion de los que le gobiernan.

sin fuerzas, sin aliados, se creyó, sin embargo, bastante fuerte con la protección de Dios y la justicia de su causa. Ella no se desanimó ni desesperó jamás. «Todo lo hemos perdido, decía, pero nos queda Dios y la Hungría.» Ella se trasladó sola á este reino, reunió los estados generales en Presbourg, se presentó á ellos teniendo en sus brazos á su tierno hijo (que fué despues José II), y les dijo en buen latin: «Abandonada por mis amigos, perseguida por mis enemigos y combatida por mis más próximos parientes, no me queda más recurso que vuestra fidelidad, vuestro valor y mi constancia. Yo pongo, por consiguiente, en vuestras manos la hija y el hijo de vuestros reyes, que esperan de vosotros su salvacion.» La Hungría habia hecho por espacio de doscientos años muchos esfuerzos por sacudir el yugo del Austria, que se le habia hecho insoportable. Pero desde el advenimiento al trono de María Teresa habia cesado esta oposicion de siglos; la sabiduría, la moderacion y la bondad de esta mujer habian reconciliado con la casa de Habsbourg aquel noble y poderoso pueblo, que las faltas de los hombres le habian enajenado. Así, pues, aún no habia concluido María Teresa su tierna alocucion, cuando todos aquellos nobles y generosos magnates, todos aquellos antiguos guerreros, llenos de indignacion contra los cobardes enemigos de la infortunada Reina, se levantaron como un solo hombre, tiraron de sus espadas, y con el acento de entusiasmo y de adhesion, que sólo un soberano amado puede inspirar á un gran pueblo, exclamaron: «Vamos, y muramos por nuestro rey, María Teresa: *Eamus, et moriamur pro rege nostro, Maria Theresia.*»

Desde este momento todo cambió de aspecto. María Teresa, fuerte con sus fieles húngaros, batió sucesivamente á todos sus enemigos, los arrojó de sus estados y los obligó á que le pidiesen la paz. El Elector de Baviera, reducido á un aislamiento completo, se vió obligado á deponer, una tras otra, las tres coronas que él mismo se habia puesto, y murió de sentimiento. El trono imperial estaba vacante, y María Teresa, que se habia adquirido ya las simpatías de toda la Alemania, consiguió colocar en él á su esposo y hacerle aceptar y reconocer por toda la Europa como Emperador de Alemania, bajo el nombre de Francisco I. Este triunfo del derecho contra la fuerza, esta restauracion de un gran Imperio, que salió de entre sus ruinas más fuerte y más considerado que nunca, fué

la única maravilla que presenció el siglo XVIII, y que formó una excepcion en la larga serie de infamias de que se compone su historia; esta maravilla fué obra de una mujer, y esta mujer fué tambien el único soberano cristiano digno de este nombre, que hizo respetar y amar entónces la Monarquía, que todos los demas soberanos procuraban hacer odiosa y despreciable.

En tanto que todos los demas reyes no hacian otra cosa que deshonrarse á sí mismos con todos los crímenes y oprimir á sus pueblos con todas las injusticias, esta Reina crecia cada vez más en la estimacion del mundo por la pureza de sus costumbres y por su profunda piedad, y hacia felices á sus pueblos con su justicia y con su abnegacion. Véase aqui la pintura que M. Rohrbacher hace de su reinado: «Desde el momento en que, tras una lucha de ocho años, restituyó ella la independencía y la paz á sus estados, puso todo su cuidado en borrar en ellos las huellas de la guerra, en reanimar la agricultura y en hacer florecer el comercio y las artes. Los puertos de Trieste y de Fiume se abrieron á todas las naciones. Ostende recibió muchos navíos cargados de producciones de la Hungría. Los canales abiertos en los Países-Bajos llevaron hasta el seno de las ciudades las riquezas de las Indias. Los grandes caminos rivalizaron en belleza con los de Francia. Viena fué ensanchada y hermoseada; fábricas de paños, de porcelana, de cristal y de telas de seda se establecieron en sus arrabales. Las ciencias florecieron en muchas universidades y colegios. El dibujo, la pintura y la arquitectura tuvieron escuelas especiales; Praga é Inspruck tuvieron bibliotecas públicas; observatorios, enriquecidos con instrumentos preciosos, se establecieron en Viena, en Gratz y en Tirnav; Van-Swieten fué llamado á regenerar los estudios de la medicina y de la cirugía; Metastasio trasladó las musas italianas á las márgenes del Danubio. Las atenciones benéficas de la soberana se extendieron sobre todas las clases de sus súbditos. Sus tropas eran numerosas, y se ejercitaban continuamente en nuevas maniobras. Los soldados heridos y enfermos, tenidos hasta entónces en una especie de abandono, fueron recibidos en vastos hospitales. Las viudas de los oficiales y las jóvenes nobles encontraron recursos honrosos en los establecimientos formados por la humanidad y la caridad de la soberana. En una palabra, jamás la monarquía austriaca habia visto brillar tan hermosos dias.» (Tomo xxvi.) Ved aquí lo que, casi en

nuestros días, ha sido el reinado de una mujer católica, y ved aquí una prueba más en confirmación de la verdad histórica de que los reinados de las mujeres católicas son mejores que los reinados de los hombres.

Esta mujer sublime consagraba toda su vida á la felicidad de sus súbditos. Un día se le oyó decir: «Yo me hago cargo á mí misma del tiempo que doy al sueño; este tiempo lo robo á mis pueblos.» Su beneficencia era inagotable: aliviar al desgraciado era una necesidad, socorrer á los pobres era una satisfacción para su noble corazón. Para saber hasta qué punto aquel corazón cristiano sentía las penas de los otros, no hay más que recordar la exclamación de dolor que exhaló al ver un día á una mujer con sus dos hijos, muriendo de hambre y temblando de frío: «¿Qué he hecho yo á la Providencia, exclamó, para que este espectáculo venga á afligir mi vista y á deshonorar mi reinado?» Y al momento mandó que se sirviesen á aquella madre infortunada manjares de su propia mesa, que la llevasen á su presencia, donde la consoló, la vistió con sus propias manos y le señaló una pensión sobre sus propias rentas. Ella amaba sus pueblos como una madre ama á sus hijos. Así fué que descendió al sepulcro adornada con el glorioso título de *Madre de la patria*, que le dió el reconocimiento de sus súbditos, y que ella sola, entre los soberanos de su siglo, supo merecer. Su única desgracia fué la de tener en sus hijos, José y Leopoldo, unos sucesores en el trono, y no unos imitadores de su piedad y de sus virtudes; porque el uno de ellos, por su necia impiedad y por su libertinaje, y el otro, por su jansenismo, su avaricia y su hipocresía, empañaron el brillo de una monarquía que María Teresa había rodeado de tanto esplendor, y debilitaron un trono al que una mujer había sabido dar todas las condiciones de fuerza y de estabilidad.

María Teresa adquiría sus luces en la oración, y su fuerza en los grandes principios de la fe. A la muerte de su esposo se vistió de un riguroso luto, que no dejó jamás en los quince años que le sobrevivió; y todos los meses iba á regar con lágrimas su sepulcro. Ocupada continuamente en el gran pensamiento de la muerte, el único consejero fiel de la vida, hizo construir su féretro, y cosió con sus propias manos el paño mortuario con el que fué sepultada. Así, pues, ella fué el único gran soberano de su tiempo, porque fué el único soberano sincera y profundamente católico.

Como prueba de esto, debemos tener presente que, mientras María Teresa reinaba en Alemania, Catalina II reinaba en Rusia. Las dos eran viudas, las dos eran soberanas de grandes Imperios, y sin embargo, la una fué tan diferente de la otra como el día de la noche, lo blanco de lo negro y la gracia del pecado. María Teresa fué un modelo de la castidad, de la fidelidad y de la ternura conyugal, y elevó á su esposo al Imperio; mientras que Catalina fué la Mesalina de los tiempos modernos, más célebre por sus adulterios que por sus conquistas, que conspiró con los cómplices de sus desórdenes contra su desventurado esposo Pedro III, á quien destronó é hizo estrangular, después de haberlo hecho envenenar. La política de María Teresa fué la política de la sabiduría, de la justicia, del valor y del amor á sus pueblos; y la política de Catalina fué la política de la astucia, de la iniquidad, de la opresión y del asesinato. María Teresa reivindicó y conservó sus estados por el afecto de sus súbditos, y Catalina engrandeció los suyos por toda especie de crímenes y por el mayor de los crímenes, que fué la desmembración de la Polonia. María Teresa fué acompañada al sepulcro por las bendiciones de sus pueblos y por las lágrimas de todas las personas cristianas y virtuosas; y la oración fúnebre de Catalina fué formada por los elogios infamantes de todos los filósofos impíos y por los anatemas de todo su Imperio. María Teresa fué, después de Isabel la Católica, la más grande gloria de la monarquía cristiana de los tiempos modernos; y Catalina, después de Isabel de Inglaterra, fué la mayor deshonra y el más grande oprobio de ella. María Teresa fué la madre de sus pueblos, y Catalina fué el tirano de los suyos. Mas este contraste, tan edificante y tan delicioso por una parte, y tan odioso y tan repugnante por la otra, se explica fácilmente por la sola circunstancia de que Catalina, á pesar de ser la mujer-papa de una iglesia cismática degradada, no tenía religión alguna; mientras que María Teresa, á pesar de ser una gran soberana, jamás dejó de ser un alma piadosa, una hija sumisa y obediente de la Iglesia, una *mujer católica*.

Se le ha acusado de haber consentido también en la mayor iniquidad de los tiempos modernos, en el repartimiento de la Polonia; pero, además de que este acto infame no se consumó hasta que su indigno hijo gobernó el Imperio, es innegable que se hizo sin el Austria y á pesar del Austria; porque el original que existe

todavía del tratado secreto, firmado en San Petersburgo el 17 de Febrero de 1772, entre el judío Federico II, rey de Prusia, y su digna aliada Catalina II, emperatriz de Rusia, dice lo siguiente: « Si la corte de Austria no quiere acceder al plan de particion, la Prusia y la Rusia se unirán contra ella. » (*Biografía universal*, Art. *María Teresa*.) Así, pues, el Austria se vió entonces en la alternativa de consentir en la particion y de tomar de ella su parte, ó de sufrir los azares de una guerra, que hubiera puesto en combustion la Europa, sin salvar á la Polonia; y en esta alternativa no es extraño que grandes y sabios personajes aconsejasen al Austria que aceptase como en depósito la Galitzia, ántes que dejarla en manos del cisma ó de la herejía. En cuanto á María Teresa en particular, ved aquí lo que escribia ella á este propósito á Kaunitz, ministro de su hijo: « Cuando todas mis provincias estaban atacadas por mis enemigos, y no sabia dónde podria dar á luz á mi hijo, me apoyaba en mis derechos y en la asistencia de Dios. Pero en este negocio, en el que, no sólo el derecho manifiesto pide al cielo venganza contra nosotros, sino que toda la equidad y la sana razon están en contra nuestra, debo confesar que en toda mi vida me he encontrado en tal angustia y que me avergüenzo de dejarme ver en público. El príncipe (José II) debe considerar el ejemplo que damos á todo el universo cuando, por un miserable jiron de la Polonia, exponemos nuestro honor y nuestra reputacion. Bien conozco que me hallo sola y que no estoy en el poder; por esta razon dejo que ese negocio siga su curso, pero no sin el más vivo disgusto por mi parte. » Cuando se le pidió su *placet* para este acto homicida de una gran nacionalidad católica, María Teresa lo dió con estas notables palabras: « *Placet*, supuesto que tantos grandes y sabios personajes lo quieren así; pero mucho tiempo despues que yo haya muerto, se sabrá por experiencia lo que ha de resultar de esta violacion de todo lo que ha sido hasta ahora santo y justo. » (*Mezzel, Histoire mod. de l'Allem.*, tom. XII, cap. I.) Léjos, pues, de haber contribuido María Teresa á la mutilacion de la Polonia, fué entonces el único soberano de un alma bastante recta y bastante fuerte para reconocer en esta mutilacion una *violacion de todo lo que es santo y justo y una iniquidad que pide venganza al cielo*; y para haberla reprobado como tal, en un documento diplomático, denunciándola á todas las generaciones y á todos los siglos. María Teresa fué el único soberano de un talento bastante

elevado para conocer que esta desmembracion, ademas de ser un gran crimen, era tambien una gran falta política, cuyas consecuencias funestas habia de tener que llorar la Europa por espacio de muchos años. ¡Cuán hermoso es oirla declarar (á pesar de no haber consentido en este acto, y de haberse mezclado en él contra su voluntad y por causa de su hijo) que experimentaba por causa de él una horrible angustia y estaba tan avergonzada que se ruborizaba de que la viesen; mientras que todos los soberanos que se habian hecho culpables de él, sin pudor y sin remordimiento, llevaban erguida su frente, marcada, como la de Cain, con la nota del parricida! Jamás el sentimiento cristiano se habia mostrado más claro, más justo ni más delicado que el juicio que esta mujer católica pronunció del horrible latrocinio, seguido de asesinato, que los hombres cometieron con Polonia. ¡Ojalá que los descendientes de María Teresa, por su mismo bien y por su mismo honor, participen del modo de ver de su ilustre abuela sobre este particular! ¡Ojalá que la Europa comprenda que los diques de papel no pueden ponerla á cubierto de las inundaciones de la barbarie del Norte, y que el restablecimiento de la Polonia es la única garantía verdadera, real, útil y eficaz de su equilibrio, de su independecia y de su seguridad! ¡Ojalá que la Francia en particular se convenza de que allí, y no en otra parte, se encuentra para ella el medio de impedir un nuevo año de 1814 contra ella, y de librarse de la vergüenza de ver por tercera vez á los cosacos dando de beber á sus caballos en las márgenes del Senal! Pero volvamos á Francia.

§ LXIX.—Paralelo entré los hombres y las mujeres de la familia real de Francia en la época de la revolucion francesa.— Muerte heroica de María Antonieta y de Isabel de Francia.— Las religiosas mártires.— El respeto debido á la mujer, ó la civilizacion monospreciada, en la persecucion que se les hizo.— Su actitud sublime, y el prodigio de su celo y de su valor en las prisiones y en el cadalso.— Ellas renovaron los ejemplos de los antiguos mártires y llenaron de gloria el Catolicismo.— El clero tuvo que lamentar algunos apóstatas.— Las religiosas no tuvieron más que mártires.

Llegó la revolucion, y lo decimos con pesar, á excepcion del Rey, mártir de su religion y de su patria, se vió que los hombres de la casa de Borbon de Francia nada valian. El conde de Provenza era

un filósofo de baja especie; el conde de Artois, un libertino; y todos saben lo que era el duque de Orleans, *Felipe Egalité*. Pero también en esta época, al lado de estos hombres, que tanto contribuyeron á las desgracias de Francia, hizo Dios que apareciesen mujeres admirables por la firmeza de su fe, por la pureza de su vida y por el heroísmo de su adhesión á los intereses del país y de la Iglesia, que rodearon la monarquía francesa moribunda con la aureola y con el resplandor sublime del Cristianismo. ¡La monarquía cristiana de San Luis no podía acabar sino de esa manera!

• En efecto, María Antonieta, esposa del rey mártir, María Isabel, María Clotilde, sus hermanas, y María Teresa, su hija, ¡qué mujeres, gran Dios, qué fervor de piedad, qué integridad de costumbres, qué sabiduría de espíritu, qué bondad de corazón, qué nobleza de carácter, qué afabilidad con sus enemigos, qué resignación en sus penas, qué tranquilidad, qué heroísmo en su muerte! No tenemos el tiempo suficiente para hablar de las dos últimas, una de las cuales, María Clotilde, Reina de Cerdeña, después de haber llenado la Italia del buen olor de su santidad, ha merecido ser colocada en el número de los bienaventurados; y la otra, María Teresa, que con justa razón ha sido llamada *el único hombre de la casa de Borbon*, ha sabido adquirirse la estimación y el respeto de sus propios enemigos, y ha enseñado á la Europa cuán bella es la piedad al lado del trono, cuán poderosa es la humildad en las clases elevadas, y cuán grande es la majestad en la desgracia. Pero no podemos dejar de recordar al menos los últimos momentos de María Antonieta y de Isabel, momentos en que ellas se mostraron tan sublimes.

María Antonieta, la viuda de Luis XVI, aunque alemana por su nacimiento, se mostró al morir una princesa absolutamente francesa y una esposa digna de un rey mártir. Condenada á muerte con la misma injusticia con que había sido condenado su regio esposo, y llevada á su calabozo para aguardar en él su suplicio, escribió en una carta que contenía sus últimos pensamientos, y que debía servirle de testamento, lo siguiente: «¡Que mi hijo no olvide jamás las últimas palabras de su padre, que yo le repito expresamente: *que jamás procure vengar nuestra muerte!*..... Yo muero en la religión católica, apostólica, romana, en la de mis padres, en la que he sido educada y he profesado siempre. No teniendo ningún consuelo espiritual que esperar, porque no sé si hay aquí algún sacerdote de

mi religión, y porque el lugar en que me hallo lo expondría mucho, si alguno de ellos entrase en él, pido sinceramente perdón á Dios de todas las culpas que haya podido cometer desde que existo. Yo espero que Él se dignará recibir mis últimos votos, así como los que he hecho mucho tiempo há para que se digne recibir mi alma en su misericordia.»

Un momento antes del suplicio se presentó un sacerdote cismático, invitándola, con la insolente brutalidad propia de semejantes personas, á que confesase todos sus crímenes. La Reina le respondió, con un acento de majestad que confundió al miserable apóstata: «Yo no os he esperado para pedir á Dios perdón de mis culpas; en cuanto á crímenes, jamás los he cometido.» En el cadalso ella elevó sus ojos al cielo con un ademán de profunda piedad, de tranquilidad y de felicidad, y un momento después se encontró en compañía de su regio esposo.

Nombrar á Isabel de Francia, la hermana de Luis XVI, es nombrar á un ángel, por su pureza tanto como por su hermosura; es nombrar á una de las más nobles almas, de las más brillantes existencias que jamás han santificado el suelo de Francia y honrado á la Iglesia.

Aprisionada en el Temple, en compañía de toda su familia, habían tenido la crueldad de encerrarla, después del asesinato del Rey y de la Reina, en una antigua cocina, en el tercer piso del edificio. «Aquel era, nos dice con un aire brutal de mofa un diario de aquella época (*Gabourd, Convention*, tomo 1), aquel era su departamento. Su tocador estaba colocado sobre una piedra de lavar al lado de las hornillas. Su lecho era una camilla de cordeles con dos pequeños colchones hechos á medida de su cuerpo. Isabel está generalmente de mal humor en un rincón de su cuarto con un libro de devoción en la mano: éste es su semblante habitual.» Esto es decirnos que aquella sublime cristiana sólo encontraba en la religión su cariño maternal á la huérfana María Teresa de Francia, su sobrina, y aquella resignación admirable con que sufrió sus humillaciones y sus penas. El día 9 de Mayo de 1794 ciertos agentes de policía se presentaron en su prisión y dijeron á la hermana del Rey de Francia: «Isabel Capeto, estás mandada comparecer ante el tribunal revolucionario para ser juzgada por tus crímenes. Ven con nosotros; tú no tienes necesidad de nada.—¿Y mi sobrina? Res-

pondió ella. — Nos ocuparemos de ella despues. » La princesa abrazó á la hija de Luis XVI, y como para calmarla, le prometió volver. « No, ciudadana, contestó un agente, tú no volverás más. Ponte la gorra y síguenos. » Y con éste mismo tono continuaron llenándola de ultrajes, mientras que ella, con un aire valeroso y tranquilo, daba piadosos consejos á la niña, que no podia consolarse de la pérdida de su segunda madre. Cuando llegó al tribunal, le preguntó el presidente: « ¿Quién sois? » Y ella respondió con dignidad: « Yo soy Isabel de Francia, hermana de Luis XVI y tía de Luis XVII, vuestro Rey. » El presidente continuó: « ¿Habeis conspirado con el último tirano contra la seguridad y la libertad del pueblo? — Ignoro á quién dais ese nombre; pero yo no he deseado jamas otra cosa que la felicidad de todos los franceses. — Cuando la huida del tirano, vuestro hermano, en Varennes, ¿no le acompañasteis? — Todo me mandaba seguir á mi hermano, y yo lo creí un deber. — ¿Dónde os hallabais en la jornada del 10 de Agosto? — En el palacio de las Tullerías, mi residencia. — La mujer Capeto declaró que la habiais sostenido en sus temores y en sus esperanzas. Vos habeis alentado á los satélites de la tiranía. Vos habeis dado consejos de toda especie á los asesinos de la patria. — Todos esos hechos que se me imputan son otras tantas acciones indignas, que jamas he cometido. — Vos curasteis las heridas de los asesinos enviados por vuestro hermano contra los marseleses. — Sólo la humanidad pudo moverme á curar sus heridas. Yo no lo alego como un mérito, pero tampoco creo que se me pueda imputar por un crimen. — Vos sólo teneis humanidad con los asesinos del pueblo, y teneis la ferocidad de los animales más sanguinarios con los defensores de la libertad..... ¿No hicisteis esperar al pequeño Capeto que sucederia á su padre? — Yo conversaba con ese desgraciado, á quien amo por muchos títulos, y le daba los consuelos que me parecian á propósito para mitigar su aficcion por la pérdida de sus padres. — Esto es convenir, en otros términos, que alimentabais al pequeño Capeto con los proyectos de venganza que vos y los vuestros no habeis cesado de formar. » Y por *estos crímenes* la condenaron á muerte, lo mismo que á sus pretendidos cómplices. Cuando llegó á la Conserjería, la Princesa hizo que la condujesen á la habitacion de los que debian morir con ella, y los exhortó á todos á la resignacion con la presencia de espíritu y la ele-

vacion de un alma superior á las mayores desgracias. Sobre el carro y sobre el patíbulo conservó la calma celestial que la religion inspira. Cuando la tendieron sobre la tabla fatal, aquel ángel de pudor extendió la mano para cubrir bien sus piés; y tan generosa como piadosa hasta el último momento, invocó á Jesucristo, perdonó á sus verdugos, lloró sobre el pueblo, pidió por él, y con el corazon lleno de esperanza y penetrado de amor, se lanzó, con un paso seguro, al abismo de la eternidad.

No fueron éstas las únicas víctimas que el ateismo, apoderado del poder, sacrificó al infame ídolo de la *diosa de la Razon*, que habia presentado al pueblo como el último término de sus esperanzas y el colmo de su dignidad. Este innoble símbolo viviente de la voluptuosidad lo fué tambien de la barbarie, y por espacio de tres años le ofrecieron por todas partes y á cada momento hecatombes de víctimas humanas. Sin contar los legos, Barruel hace subir á doscientos mil el número de los eclesiásticos degollados, ó guillotizados, ó ahogados, ó quemados, ó dejados morir de hambre en horribles calabozos, ó en fin, lanzados del suelo de la patria, para ir á decir al mundo la degradacion de un pueblo que abjura la religion, y el heroismo cristiano de los que permanecen fieles á ella.

Donde quiera que se habia perseguido hasta entónces el Cristianismo, el poder habia promulgado una ley que prohibia á los cristianos la profesion de su religion; los magistrados los juzgaban y el verdugo los ejecutaba. Estas ejecuciones eran atroces, pero al ménos tenian una apariencia de legalidad. En la persecucion que la filosofía hizo al Cristianismo en Francia al fin del siglo XVIII, se vió otra cosa más anómala y más repugnante. Cualquiera vil *sans-culotte* tuvo el derecho de vida y muerte contra todo el que era sospechoso de adorar á Jesucristo. Como si no hubiese habido bastantes cadalsos permanentes en todos los puntos del suelo frances, puestos á disposicion de procónsules feroces, para destruir á *los fanáticos* (así es como llamaban á los cristianos), habian concedido á la hez del pueblo la facultad de asesinar; excitaban al pueblo, y lo lanzaban como una trailla de perros rabiosos contra los santos confesores de la fe. Las matanzas de los Carmes, de San Fermin y de la Abadía, en Paris, se renovaron al momento en Reims, en Nántes, en Arras, en Estrasburgo y en casi todas las ciudades y pueblos de Francia.

Pero lo que jamas hubiera podido esperarse de un pueblo que habia sido tenido hasta entónces por el más civilizado del mundo, es decir, el más respetuoso para con las mujeres, es la brutalidad que desplegó entónces contra las mujeres afectas al Catolicismo; por lo demas, esto era lógico. La civilizacion no es otra cosa que el reflejo del Cristianismo; una vez abatido el Cristianismo, no podia haber civilizacion; la barbarie debia seguir, es decir, la crueldad con la mujer.

Se sabe que en Tolosa las hermanas de caridad, ántes de ser asesinadas ó arrojadas de la ciudad, fueron azotadas en público por los mismos cuyas enfermedades habian curado y cuyos hijos habian educado. ¡Este era todo su crimen! Las ursulinas de Valenciennes fueron conducidas al suplicio con las manos atadas á las espaldas, como insignes malhechores, sin tener más vestido que una camisa y un zagalejo. Respecto á las carmelitas de Copiègne y las cuarenta y dos santas religiosas de Orange, se contentaron con llenarlas de ultrajes ántes de degollarlas. (Carron, *Les confesseurs de la foi*, etc.) En la Vendée, la tierra clásica de la fe y de la verdadera libertad, el número de las mujeres martirizadas y de los tormentos que les hicieron sufrir es superior á todo cálculo y á toda idea. Las encerraban en ciertas casas, á las que prendian fuego, y estos autos de fe se repitieron en aquel país, por espacio de muchos años, con una horrible sangre fria.

Mas, así como en estas cobardes matanzas de mujeres apareció la revolucion más horrible que nunca, el Catolicismo apareció, por el contrario, más bello y más divino. Aquellas augustas víctimas del odio, de la incredulidad contra la verdadera fe, consumaron su sacrificio con la misma grandeza de sentimientos con que los antiguos mártires consumaron el suyo. Ni una sola queja salió de sus labios contra la injusticia de sus jueces ni contra la brutalidad grosera de sus verdugos. Sus últimos acentos eran acentos de bendicion á Dios y de amor y perdon á los hombres, autores de su muerte. Respecto á las religiosas en particular, miéntras las tenian en prision, su amor á su estado les hacía convertir su calabozo en claustro; y sin dejarse distraer por las invectivas de sus carceleros ni por los horribles gritos de muerte que un populacho ébrio de furor y sediento de sangre cristiana hacía resonar en torno de la prision, ellas pasaban el dia, desde las dos de la mañana, cantando

con una voz angelical las alabanzas del Señor. Se acusó á las hijas de Santa Teresa de haber ocultado armas en su convento de San Dionisio. Su superiora, por única respuesta, mostró la cruz que aquellas santas religiosas llevaban consigo, diciendo: «Ved aquí las únicas armas que hemos tenido siempre en nuestra casa, y no se nos podrá probar que hayamos tenido otras.» En muchos lugares las encerraban en las prisiones, donde se hallaban hacinados muchos hombres tenidos por culpables, y contra quienes se habia pronunciado la sentencia de muerte. Pues bien, aquellas heróicas vírgenes, tan celosas como puras, convertian estas antecámaras de la muerte en teatro de un verdadero apostolado para con sus compañeros de desgracia, condenados al último suplicio. Allí, esperando á cada momento pasar ellas mismas por el filo de la guillotina, su primer cuidado era implorar la divina misericordia para aquellos que participaban de sus cadenas, y de cuya muerte iban á participar ellas. Ellas fortalecian á los débiles, instruian á los ignorantes, alentaban á los cobardes y consolaban á aquellos que se veian poseidos de la desesperacion. Habiendo visto una de ellas al padre de una numerosa familia sumergido en este abismo, á la sola idea de tantos huérfanos como iban á quedar por su muerte, permaneció una hora entera en cruz, pidiendo á Dios con el fervor de un ángel que salvase á aquel infortunado de la mayor de todas las desgracias, que es la de morir sin esperanza. La oracion de aquella santa mujer fué oida, y el desventurado padre acabó su vida en los sentimientos de la resignacion cristiana. ¡Oh, cuán hermoso era ver, en aquellos lugares de horror, á los hombres más profundamente abatidos cobrar ánimo y nueva fuerza, á la voz consoladora de aquellos ángeles visibles, y ofrecer generosamente, á ejemplo de ellas, el sacrificio de su vida! Donde quiera que se encontraban aquellas grandes almas, apénas habia ningun sentenciado que no fuese ganado para el cielo; porque no era posible resistir á la dulce uncion de sus palabras y al ejemplo de su piedad, de su tranquilidad y de su deseo de morir por Jesucristo.

Se las llamaba una á una á la audiencia del tribunal revolucionario, que terminaba siempre con una sentencia de muerte, y cada una de ellas estaba impaciente porque la llamasen la primera. Esta era la única cosa por que tenian ambicion y cuya preferencia se disputaban. Un dia llamaron á las dos hermanas Roussillon, y no